

2010

# ANALES DE ANTROPOLOGÍA

Volumen 44

ISSN 0185-1225



# VIO-GRAFÍAS, LA REPRODUCCIÓN DE LA VIOLENCIA INTRAFAMILIAR EN VALLE DE CHALCO SOLIDARIDAD

*Martha Rebeca Herrera Baustista*

Dirección de Antropología Física, INAH

*Patricia Molinar Palma*

Universidad Autónoma de Sinaloa

*Resumen:* El trabajo ofrece una discusión sobre las diferentes estrategias que llevan a cabo los pobres con el fin de garantizar su supervivencia. Se relaciona el aspecto teórico con el relato biográfico de 14 familias estudiadas en Valle de Chalco Solidaridad. Hemos querido darles voz a los actores sociales, con el fin de conocer cómo viven, cómo se desarrollan, pero sobre todo, qué acciones desarrollan para enfrentar la pobreza extrema en la que viven, así como la violencia intrafamiliar que se entrecruza en sus vidas.

*Palabras clave:* estrategias de supervivencia; violencia intrafamiliar; Valle de Chalco Solidaridad.

*Abstract:* This paper offers the discussion about the different strategies for survival that Mexican poor people develop. It is based on the biographies of 14 families studied in Valle de Chalco Solidaridad, a large new town near Mexico City. We want to testify in their own words how they live and develop, but most of all, what they do to confront the extreme poverty they live on, and the domestic violence that it seems to be intertwined in their lives.

*Keywords:* strategies for survival; domestic violence; Valle de Chalco Solidaridad.

## INTRODUCCIÓN

El propósito del trabajo es mostrar cómo se entrecruzan múltiples formas de violencia provenientes de diversas esferas de la sociedad en las relaciones familiares. Esta situación se repite entre los grupos domésticos estudiados a pesar de la heterogeneidad social existente en Valle de Chalco Solidaridad, y las conductas resultantes se configuran y reproducen a partir de un *habitus* que orienta la percepción y las prácticas más allá de la conciencia y el discurso, y además se suman a la condición de marginalidad, donde la pobreza, incertidumbre, insatisfacción y desesperanza son elementos constitutivos de su cotidianidad, que transcurre

bajo el imperativo de la sobrevivencia y que modela maneras de pensar, sentir y relacionarse.

Partimos del supuesto de que además de esta cultura de género y la normativa dominante fundamentadas bajo condiciones de desigualdad y exclusión social, se entremezclan con las vivencias, lesiones, resiliencias de la vida de cada uno de sus miembros, modelando conductas sociales. De ahí que ciertas incapacidades físicas, psíquicas, afectivas, emocionales o intelectuales resultado de esa experiencia vivida, retroalimentan y matizan dichos *habitus*.

### LA VIOLENCIA DESDE LA ANTROPOLOGÍA

En aras de ir construyendo una perspectiva antropológica sobre la violencia, que aborde la racionalidad y complejidad de cada una de sus formas en los diferentes tipos de relación social, y con el fin de entender este fenómeno multifacético y diverso, partimos del construccionismo social. Dicha perspectiva permite reconocer que, si bien hay un sustento biológico para la violencia —como en cualquier otro fenómeno que involucre la materialidad biológica de los seres humanos—, como hecho social, la violencia es una construcción sociocultural y un problema de relaciones sociales resultantes en cada momento histórico. Contribuyen a su génesis las asimetrías de poder entre los hombres y las mujeres, convirtiéndose en un medio de control y dominio para mantener el orden establecido.<sup>1</sup>

En este sentido, retomamos el modelo ecológico de Bronfenbrenner (1987), quien plantea una visión integral del desarrollo humano y entrelaza a la persona en el ambiente, su interacción y consecuencias, rescatando la percepción que tiene el sujeto en ese contexto. En la misma dirección, recurrimos a Badury (1998) y Belsky (1980) quienes a partir de este modelo abordan el maltrato infantil, enunciando los condicionantes que se involucran en dicho problema. Vislumbran y vinculan los distintos niveles interactivos que van de lo micro- a lo macroestructural y configuran un marco que nos permite entrelazar múltiples condicionantes que intervienen en la violencia intrafamiliar. Plantean cuatro niveles interactivos:

- El desarrollo ontogenético de los padres, es decir, lo que aporta cada uno de ellos desde su propia vivencia en la interacción y socialización con sus hijos, situación que nos remite al historial de vida, concepción y

<sup>1</sup> Orden social que hace de los hechos biológicos y diferencias sexuales consecuencias sociales, en tanto valoran desigualmente a los géneros, clases, edades, por mencionar algunas de las categorías en que se diferencian las sociedades jerarquizadas (Lamas y Saal 2003; Bourdieu 2000).

métodos de crianza, conocimientos en torno al desarrollo infantil y los sentimientos hacia el infante, entre otros.

- El microsistema, que refiere las condiciones de vida y ambiente familiar, donde se considera el tamaño de la familia, la calidad de la relación conyugal, las características personales de las personas que interactúan, la percepción sobre las conductas de los hijos, las prácticas y creencias en torno a los niños y los roles y estereotipos sociales, entre otros.
- El exosistema, que establece la relación entre la familia y su comunidad, lo que se deriva de las relaciones laborales, estudiantiles y vecinales que repercuten en el interior del hogar.
- Por último, se prevé el nivel macroestructural, donde se reproduce el orden dominante y que configura los elementos desencadenantes de múltiples formas de violencia, como pueden ser la pobreza, la injusticia, la discriminación, la exclusión social, entre otras. Además incluye las maneras de legitimar o no la violencia, mediante normas, valores, pautas y creencias que rigen las relaciones sociales, las actitudes ante ésta, o bien, las maneras de promocionarla, sea a través de las instituciones y aparatos del Estado, la impunidad o los medios de comunicación.

Asimismo, partimos de diversas perspectivas feministas cuyos estudios del género son parteaguas en torno al conocimiento de la violencia y en especial contra las mujeres. En ellos, la violencia se devela como un eje estructural en la configuración para la identidad masculina y en la reproducción del orden establecido.

Nuestro planteamiento se sustenta en un enfoque interdisciplinario, en tanto cada disciplina explora diferentes condicionantes que intervienen en este fenómeno, dependiendo del tipo de violencia y del contexto sociohistórico donde se analice. Algunos apuntan hacia cómo se configura la violencia como parte de nuestro *habitus*, haciendo hincapié en prácticas, instituciones y creencias; otros observan cómo ciertas circunstancias potencian múltiples formas de violencia. Otros develan cómo para la construcción de nuestras identidades, ésta tiene un papel fundamental y cómo se le legitima por diversas vías.

*Pero ¿qué es la violencia intrafamiliar?*

Introducirnos en la violencia en general es remitirnos a dimensiones de la experiencia humana que se transforman y matizan en condiciones históricas particulares, dentro de un marco de normas, valores, intereses y cosmovisiones propios de cada cultura. De ahí que se genere una red discursiva que se entrelaza con el *habitus*

conformado por prácticas socioculturales que, mediante ciertas estructuras, dan paso a un proceso por el cual la violencia adquiere un origen social, interiorizándose en los individuos hasta “naturalizarse” (Corsi y Peyrú 2003).

La violencia como fenómeno antropológico es compleja y multifacética, ya que se entrelaza con la condición humana, de manera individual, con cuestiones del desarrollo psicosocial, pero sobre todo con las relaciones sociales donde median diferencias genéricas, étnicas, religiosas, de clase o generacionales. En la dimensión macrosocial, refiere problemas estructurales que originan desigualdades sociales y que en condiciones de extrema pobreza y marginación, insatisfacción de necesidades básicas, sentimientos de impotencia y desesperanza, potencian otras formas de violencia, entre ellas la intrafamiliar (Herrera y Molinar 2007).

En todos estos niveles, la violencia aparece como una constante en la relación social, develando el ordenamiento sociocultural que legitima los abusos de autoridad mediante relaciones asimétricas de poder, reales o simbólicas. Todo ello se estructura mediante roles y estereotipos sociales sustentados por una ideología de género, que establece el dominio de uno sobre el otro sea éste hombre-mujer, padre-hijo, patrón-empleado, entre otros (Corsi 1999).

De ahí que intentemos abordar la violencia intrafamiliar desde un marco integral incorporando aspectos biopsicosociales y culturales inherentes al problema, a fin de conjuntar y comprender los condicionantes que interactúan en la expresión y dinámica de este fenómeno. Partimos de que la violencia es un problema de relación social, que trasciende las dimensiones de la sociedad y por ende se presenta en todos los espacios donde interactúan los seres humanos, desde el ámbito íntimo y familiar hasta el estructural, donde se entretejen las desigualdades sociales basadas en las diferencias de clase, etnia, género y edad y configuran una gama de violencias que van desde formas sutiles por demás invisibles hasta las que dejan huellas o llevan a la muerte.

En particular, la violencia intrafamiliar alude a las formas de abuso que se dan de manera continua o en ciclos, incluye las conductas de una de las partes que, por acción u omisión, ocasionan daño físico o psicológico a otro miembro de la familia, sea la pareja, los hijos o los ancianos (Corsi 1994). Para que ésta sea factible se requiere de ciertos desequilibrios de poder, para el caso que nos ocupa, éstos corresponden al género y la edad, situación que se traduce en la subordinación de la mujer, hijos y/o ancianos.

En ese sentido, por violencia intrafamiliar entenderemos los actos u omisiones que atentan contra la integridad física, psicológica, sexual o moral de cualquiera de los integrantes de una familia. Este tipo de violencia conlleva cuatro características inherentes: 1) que sea recurrente y/o constante, 2) que sea intencional, 3)

que implique un acto de poder: control, dominio o sometimiento, y 4) que exista una tendencia a mayor gravedad de las lesiones infligidas.

Este tipo de violencia constituye un problema social, en la medida en que cuestiona la creencia de que los actos en el interior de las familias pertenecen al ámbito privado, ya que tiene claras repercusiones sobre el espacio público y social, por su impacto en los sectores de salud, educativo, laboral, de seguridad y derechos humanos. También representa un problema de salud y de calidad de vida; aunque en la actualidad no existen estadísticas fiables sobre los efectos de la violencia en la población vulnerable, ésta se refleja en una larga lista de padecimientos psicosomáticos, crónicos, asociados a la salud reproductiva, física y mental e índices de mortalidad.

En cuanto a la dinámica de la violencia entre la pareja, un eje de la intrafamiliar, varios autores plantean su carácter cíclico, que con el paso del tiempo incrementa su intensidad. El ciclo comienza en la acumulación de tensiones, donde se dan pequeños episodios que llevan a roces permanentes entre los miembros de la pareja, con un incremento de ansiedad y hostilidad. En un segundo momento, la tensión acumulada origina una explosión de violencia. Posteriormente, le sigue una fase denominada “luna de miel” donde se produce arrepentimiento —a veces instantáneo— por parte del agresor, sobreviniendo disculpas y promesas de no volverlo hacer. Sin embargo, la probabilidad de que este ciclo se reinicie con el tiempo es muy alta (Dutton y Golant 2000).

#### EL CAMINO SEGUIDO EN LA INVESTIGACIÓN

Los resultados que ahora presentamos forman parte de una investigación más extensa que se realizó dentro del marco de la antropología física y para conocer desde un enfoque cualitativo la dinámica familiar de 14 grupos domésticos.<sup>2</sup> El objetivo fue estudiar las estrategias y condiciones de vida en relación con la violencia vivenciada en el interior de los hogares, en una población heterogénea socialmente pero que tiene como común denominador la pobreza, el imperativo de la sobrevivencia y múltiples formas de violencia: estructural, social, genérica y familiar.

En ese sentido, nos interesaba comprender la violencia experimentada por las entrevistadas a lo largo de sus vidas, conocer sus percepciones sobre los motivos que la generan en el interior de las familias, cómo la significan y resignifican

<sup>2</sup> Esta investigación se desarrolló como un trabajo de tesis doctoral con dos líneas de investigación: la violencia intrafamiliar y la cultura materna, mismas que convergen en el estudio de los grupos domésticos y el crecimiento y desarrollo infantil.

cotidianamente, indagar sobre sus experiencias y sentir en torno a ésta, ya fuera como observadores, víctimas-sobrevivientes o en su calidad de victimarios. De ahí que hagamos un recorrido intergeneracional de las situaciones en las que experimentaron violencia y las razones que esgrimen las entrevistadas, dándoles voz a las mismas.

Las preguntas que subyacen en esta investigación son: ¿las mujeres y hombres a través de su experiencia de vida, reconocen la violencia en sus relaciones familiares? En caso de ser así, ¿la consideran un problema en su relación? ¿Quién la ejerce, bajo que modalidad y circunstancias y cómo se la explican, y por qué la soportan?

La ruta metodológica se propuso conocer las estrategias de vida y salud, la dinámica familiar que se establece en estos grupos domésticos y la gama de violencias en el interior del hogar. Los instrumentos utilizados para recabar la información fueron una encuesta sociodemográfica, relatos biográficos de hombres y mujeres y un cuestionario que valora distintas modalidades de violencia. En ese sentido, los relatos biográficos recogen vivencias en torno a la violencia tanto en la familia de origen como en la pareja y en relación con sus hijos, la dinámica prevaleciente, las prácticas y creencias en torno a la violencia, entre otros tópicos.

### *Valle de Chalco Solidaridad, espacio de reproducción de múltiples formas de violencia*

En Valle de Chalco Solidaridad, la violencia y la cultura se entrelazan como en otros espacios, se recrean y se transmiten de una generación a otra. Conforman modos de vida que llaman la atención por su capacidad de conjuntar diversos tipos de violencia, desde la instituida por el Estado, cuando las políticas económicas impactan las condiciones de vida y de salud de la población, hasta las más personales, ésas que se dejan ver y sentir en la intimidad de las relaciones entre la pareja o con sus hijos.

La violencia estructural y social es un rasgo fundante de este asentamiento, en la medida en que fue concebido como un territorio concentrador de la pobreza. Alberga población desplazada y excluida de otros espacios de la ciudad de México así como miles de trabajadores asalariados que ante la crisis de 1982 y el impacto de las políticas de ajuste estructural, migraron al sector informal (Hiernaux *et al.* 2000).

La creación de esta nueva periferia, el encarecimiento de las condiciones de vida de amplios sectores de la sociedad mexicana, que ante la incapacidad de mantener su residencia en áreas centrales de la ciudad de México tuvieron que mudarse

a territorios de menor valor social, y la población expulsada de la vieja periferia por la saturación del espacio urbano dieron lugar a Valle de Chalco. Los grupos que accedieron a este territorio provenían en un 90 % del área metropolitana: familias jóvenes y numerosas, cuya residencia anterior arrendaban para vivir en espacios restringidos, y parejas de reciente formación que residían en el domicilio paterno (Hiernaux 1997; Lindón 1999).

La carencia económica de las familias que habitan Valle de Chalco genera estilos de vida ligados a la sobrevivencia, donde el imperativo es asegurar la subsistencia cotidiana, en condiciones de trabajo oscilantes y con baja remuneración. Ello depende de la “suerte que se tenga en el día” y demanda la incorporación silenciosa de las mujeres a actividades de tipo remunerativo, que se suman a su ya pesada jornada interminable de trabajo doméstico.

### *Los grupos domésticos estudiados*

Los grupos domésticos<sup>3</sup> estudiados provenientes de diferentes regiones de la República<sup>4</sup> se identifican más con la dinámica urbana. Las mujeres cuentan con mayor escolaridad que sus progenitores y tienen menos hijos, con el objeto de brindarles mejores condiciones de vida, sobre todo en el ámbito educativo. Otro rasgo interesante es que la mayoría de las mujeres entrevistadas trabajó en su vida de soltera, lo que les permitió conocer otras formas de interacción familiar. Aunque algunas de ellas muestran cierto rechazo hacia los estereotipos tradicionales, como el ser amas de casa sumisas y obedientes o madres abnegadas y luchan día a día por ser reconocidas por sus parejas en los ámbitos económico, social y sexual, no obstante, siguen reproduciendo el patrón tradicional en el interior de su hogar.

En relación con la conformación de estos catorce grupos domésticos, tres son monoparentales o con jefaturas femeninas, siete nucleares y cuatro extensos, en estos últimos conviven por línea materna en el mismo predio dos y hasta cuatro unidades familiares. En tres de estas familias prevalecen uniones consensuales, en otros seis se han casado por matrimonio civil y religioso y en las dos restantes están casados por el régimen civil. Generalmente se consolidan como matrimonios después de un tiempo en que la pareja ha convivido e inclusive ha tenido por lo

<sup>3</sup> El grupo doméstico configura nuestra unidad de análisis, en tanto ámbito cotidiano y familiar, donde se asegura el mantenimiento, reposición y reproducción de la fuerza de trabajo de los miembros de esa unidad, como lo apuntan González de la Rocha (1986) y Oliveira *et al.* (1989). También es el espacio donde observamos las relaciones sociales de carácter más íntimo y donde se definen las pautas de autoridad, solidaridad, intercambio, poder y conflicto. En este trabajo utilizamos grupo doméstico y familia como sinónimos sólo con fines de redacción.

<sup>4</sup> De los estados de Hidalgo, Tlaxcala, Veracruz, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, Puebla y Oaxaca.



menos un hijo. Por otro lado, al constituirse como parejas, por cierto a edades muy tempranas, y ante la ausencia de recursos económicos, es habitual que vivan en casa de los padres del novio o con algún otro pariente, lo que genera, en la mayoría de los casos, conflictos entre la pareja y/o con los parientes. Después de algunos años y dependiendo de sus posibilidades económicas, se irán a vivir a un predio de su propiedad o se instalan como copropietarios en el predio materno, configurando familias extensas.

En cuanto a las condiciones de vida, encontramos una gradación entre los grupos domésticos, tanto por el tamaño de la vivienda, la calidad de los acabados, el avance en la construcción, el régimen de propiedad, los servicios con que cuentan, así como la infraestructura doméstica. En ese sentido, las familias con mayor tiempo de residencia en Valle de Chalco, es decir, entre 15 y 20 años, son las que cuentan con mejores espacios y condiciones, a diferencia de las familias con menos de cinco años de radicar en este territorio, que se encuentran construyendo sus casas y enfrentan las vicisitudes que conlleva este proceso. Existen tres familias (dos nucleares y una jefatura femenina) que viven en condiciones de mayor precariedad, ya que realizan todas sus actividades cotidianas en un solo cuarto que es propiedad de un familiar.

Aunque se trata de familias cuyos progenitores están en etapa reproductiva (entre 25 y 46 años), la mayoría considera que esta fase de la vida ha concluido, por lo que utilizan métodos anticonceptivos. El número de hijos oscila entre uno y seis, siendo tres hijos la mayor frecuencia. Llama la atención que a pesar de las condiciones de vida en las que se desarrollan estos grupos, la mortalidad de menores de cinco años reportada por las madres fue baja, sólo dos familias experimentaron este suceso. Sin embargo, existen problemas de desnutrición o malnutrición en los infantes, además de mostrar algunos rasgos de inseguridad, depresión, aislamiento, impulsividad, necesidad de gratificación, falta de afecto, abandono, carencia de apoyo y seguridad, entre otros.<sup>5</sup>

Las estrategias económicas encontradas en estos grupos son: a) el padre como único responsable de los gastos familiares; b) la madre “ayuda”<sup>6</sup> económicamente a su esposo por medio de la venta de diversos productos por catálogo o en mini-tiendas localizadas en el interior de su hogar; c) participan los hijos mayores de 15 años, alternando el estudio con el trabajo, y aunque el dinero que ganan lo

<sup>5</sup> Rasgos que resultaron de una valoración psicológica realizada a los niños donde se utilizaron varios tests como son los dibujos de la figura humana, la familia y el de la casa-árbol-pareja (Molinar y Herrera 2009).

<sup>6</sup> “Ayuda” que muchas veces resulta mayor al ingreso aportado por el esposo, pero cuyo impacto no se valora en la economía familiar.

utilizan para sus gastos personales, resulta una carga menos para el grupo familiar; y d) Organizan tandas semanales.

Los ingresos por lo general son bajos, ya que en cuatro familias fue menor al salario mínimo del estado de México.<sup>7</sup> En seis casos los ingresos son menores a diez pesos por día. En otros cuatro grupos, los salarios tienden a ser más altos, toda vez que trabajan como empleados del sector público o privado. Las ocupaciones reportadas por los hombres son: costurero, empleado, almacenista, voceador, taxista, contratista, chofer o albañil. Entre las mujeres encontramos una doctora, dos enfermeras, dos obreras y cinco amas de casas que se dedican al pequeño comercio.

En las relaciones cotidianas entre la pareja, los roles y estereotipos sociales son los tradicionales, a pesar de que sus vivencias cotidianas están alejadas de éstos. Las mujeres reconocen malestar ante ciertos privilegios masculinos y, en algunas, se observa una lucha constante por el poder. La mayoría reconoce al varón como jefe de familia, autoridad máxima y proveedor del grupo, pero debido a su baja retribución acepta la “ayuda” de su mujer o de sus hijos con insatisfacción, al no poder cumplir cabalmente con su obligación, lo que se refleja en su forma de ser y relacionarse mostrando sentimientos de impotencia, dependencia e inferioridad, afrontando su realidad con resignación y escondiendo su malestar ante una personalidad autoritaria que, en la mayoría de los casos, “ahoga sus penas” en alcohol y desquita su coraje con los que tiene alrededor en su hogar.

Las mujeres asumen su papel de madres-esposas-amas de casa responsables del cuidado y atención del grupo, así como de los quehaceres domésticos; en ese sentido, tejen su ser social en función de los otros y para los otros, claras de que son ellas las que tienen más cargas de trabajo y responsabilidad en la familia. Cuando tienen que afrontar la jefatura económica, las mujeres se sienten culpables por descuidar a sus hijos y son las hijas mayores o las abuelas la que asumen esta tarea. Como amas de casa realizan actividades remuneradas (vender, coser, tejer y bordar recuerdos para fiestas de XV años, boda o bautizo) a fin de paliar su adversa situación; cabe señalar que en algunas familias esta “ayuda” rebasa el ingreso aportado por su cónyuge.

Si analizamos los ambientes familiares que se generan entre los grupos domésticos estudiados encontramos cuatro variantes: a) grupos acoplados, son los que llevan más de cinco años en unión y a pesar de los problemas cotidianos consideran que su relación es satisfactoria; b) grupos inestables, con diversos problemas como infidelidad, irresponsabilidad, alcoholismo y/o violencia, y que no

<sup>7</sup> El salario mínimo vigente en el estado de México entre 1998 y 2000. años en los que se llevó a cabo el trabajo de campo, fue de \$ 26.05, \$ 29.70 y \$ 32.70 diarios (SAT 2010).

aseguran su continuidad; c) grupos recompuestos, donde las mujeres con hijos se unen a otra pareja,<sup>8</sup> pueden llegar a acoplarse o bien tener conflictos permanentes por los hijos de éstas; d) grupos interrumpidos por diversas causas como son: la ausencia prolongada del marido, infidelidad, problemas de adicción, entre otros. Encontramos siete familias acopladas, cuatro inestables y tres interrumpidas. De entre éstas, dos son recompuestas, una vive en armonía y la otra presenta graves problemas de violencia intrafamiliar.

Ahora bien, en lo que respecta a la relación madre-hijo(s), sustantiva en la dinámica familiar (por lo general el padre se encuentra ausente durante la mayor parte del día), se observa una lógica de “dejar hacer, dejar pasar”. Es decir, existe cierto “caos” en las normas de convivencia, la carencia de horarios para regir actividades como comer, hacer la tarea, dormir; confusión en los valores y normas familiares; ambivalencias en la disciplina de los menores, aunado a la falta de espacios adecuados para realizar las tareas cotidianas.

Por una parte, está la figura del padre autoritario y, por la otra, la de una madre pasiva y tolerante que, aunque amenaza con imponer castigos o golpes, en la mayoría de las ocasiones no tienen la intención de tomar represalias por el comportamiento de sus hijos, mismos que conocen muy bien las reglas del juego, saben que su madre sólo actuará ante un peligro inminente o bien cuando le hayan colmado la paciencia o no hayan cumplido con sus deberes escolares. Estos comportamientos han sido reportados por algunos otros investigadores en contextos con las mismas carencias (Bar Din 1991; Badury 1998; Robasco 2000).

En estos contextos familiares, la crianza de los hijos se realiza sin reparar en los costos sociales o individuales que conlleva vivir en la adversidad, es decir, múltiples carencias económicas y materiales se suman las afectivas, emocionales y de comunicación entre sus miembros. En la mayoría de los casos las madres, abrumadas por cubrir lo mínimo necesario y realizar su interminable jornada de trabajo, no disponen de tiempo ni energía emocional para enfrentar las necesidades de interacción y cariño con sus hijos, además de reconocer que no saben mostrar sus afectos. En este ambiente, los niños aprenden desde temprana edad a ser y sobrevivir por ellos mismos, poniendo en práctica sus habilidades, pagando las consecuencias de sus actos, sacando fortaleza de sus debilidades, disfrazando o negando sus lesiones e incapacidades, construyéndose en función de lo vivi-

<sup>8</sup> En Valle de Chalco es una estrategia habitual entre las mujeres, sobre todo ante la situación de ser madre soltera, haber sido abandonada por el marido o viuda. En este caso, las dos mujeres que se han unido en segundas nupcias son las más jóvenes entre los casos estudiados, y las que nunca han trabajado fuera de su hogar ni en su vida de solteras, las que se apegan a los estereotipos tradicionales.

do y gestando con ello un patrimonio con el que enfrentarán la vida misma y la próxima generación, cuando ellos sean padres.

Pero de qué otra manera podría ser esta interacción entre la madre y el hijo, cuando las mujeres aprendieron a ser madres en la interacción con sus propias madres. Se les enseñaron las obligaciones propias de su género, a ser responsables, silenciosas de todo lo que acontece en el ámbito doméstico y de su condición subordinada con respecto a los varones, donde las expresiones de afecto, comunicación y reconocimiento al trabajo realizado fueron escasas o nulas. Nos atrevemos a decir lo anterior, ya que en los relatos “vio-gráficos” encontramos una gama de violencias que nos permite enunciar una lista interminable de formas padecidas en el interior de sus hogares, desde su niñez hasta la vida adulta. Nos referimos a omisiones, negligencias, abandonos por parte de la madre o del padre, golpes, humillaciones, amenazas, castigos, trabajos físicos extenuantes o abusos sexuales por parte de un padre o pariente, muchas veces no concientizados ni asumidos o percibidos como actos violentos por parte de quien los ejerce o de quien los padece, pero que resultan lesivos a la salud, autoestima y estabilidad de las víctimas, y que se transmiten a la siguiente generación como parte de las pautas de relación y prácticas familiares y socioculturales aceptadas, que configuran vivencias y/o frustraciones personales, así como formas de relación social.

En este sentido, partimos de la propuesta hecha por Le Vine (1995) sobre la crianza de los hijos, donde plantea tres supuestos fundamentales:

- La supervivencia, misma que supone la permanencia de los hijos en el mundo, con el fin de asegurar la reproducción del grupo.
- El bienestar económico, con la intención de ayudar al niño a adquirir las habilidades y el conocimiento para una vida adulta autosuficiente.
- La realización de sí mismo, promoviendo las habilidades necesarias para ser y cumplir con los valores culturales definidos, sean morales, de reconocimiento, de prestigio social o plenitud personal.

Es claro que en Valle de Chalco los padres cumplen de manera exitosa sólo el primer supuesto; los otros dos resultan un “lujo” que no pueden darse, toda vez que el imperativo de la sobrevivencia pesa cotidianamente y exige toda su atención, amén de sus propias incapacidades para enfrentar esta difícil tarea de ser padres. De ahí que algunos actos u omisiones constituyen parte de esta negligencia estructural heredada de sus ancestros y, dadas las condiciones de vida y de relación entre los miembros del grupo doméstico, donde la incomunicación y falta de expresión de afecto, desamparo, abandono, indiferencia y violencia,

aunados al aislamiento social en el que viven, constituyen ambientes familiares donde los niños configuran su subjetividad, su cosmovisión y su posición como sujetos sociales, ante un mundo lleno de carencias.

Es decir, esta cultura se modela con base en las prácticas, creencias, comportamientos, actitudes y experiencias vividas, generando un *habitus* que responde a las exigencias de las representaciones simbólicas puestas en marcha en la vida cotidiana. Reconocen su situación de pobreza y de exclusión social, ante la inseguridad que genera no tener un empleo fijo, con salarios ínfimos que no alcanzan a cubrir las necesidades más apremiantes, ante el imperativo cotidiano de la sobrevivencia familiar, dando menor atención a sus niños. A temprana edad los jóvenes están obligados a trabajar y abandonar sus estudios, en la mayoría de los casos, situación que se agrava al iniciar precozmente su vida sexual, siendo padres en su adolescencia, de ahí que pasan de una infancia corta a la vida adulta.

La pobreza engendra sentimientos de marginalidad, impotencia, dependencia, inferioridad, inestabilidad y malestar, que se agudizan ante los conflictos vividos en el interior de las familias donde se suman problemas de adicción al alcohol o drogas, el abandono paterno y aún más doloroso, el abandono materno, la violencia intrafamiliar, entre muchos otros males sociales.

En ese sentido, la vida cotidiana y los espacios sociales se construyen y perciben bajo estos signos de inestabilidad y precariedad. Se trata de un proceso estrechamente ligado a condiciones de vida adversas, que alienta la desesperanza y, aunque para unos ha significado la posibilidad de cierto éxito, en otros resulta la única forma de sobrevivir. La precariedad económica en la que han vivido desde su nacimiento transforma su entorno en una escuela de la vida, en la que aprenden a sobrevivir con sus propios medios. En estas condiciones, los niños aprenden de la pobreza las responsabilidades de la vida adulta desde temprana edad, crean destrezas y resistencias que les permiten continuar y afrontar múltiples problemas cotidianos, pero también presentan deficiencias afectivas, emocionales y de relación social.

A grandes rasgos hemos querido mostrar la situación en que viven los grupos domésticos estudiados en Valle de Chalco, con el fin de contar con algunos elementos que nos permitan entender cómo se va configurando una cultura de la sobrevivencia, donde la dinámica familiar entreteje múltiples formas de violencia. Pero revisemos algunas constantes en las relaciones de mujeres y hombres en sus familias de origen.

*Rememorando el pasado*

Si nos introducimos en el pasado, mediante los recuerdos y el sentir de las entrevistadas, encontramos una constante en nueve de los catorce casos estudiados, independientemente de su origen familiar urbano o rural, y es la imagen de una madre golpeada y humillada por el padre o padrastro, asociada al consumo de alcohol, celos, infidelidad, problemas económicos, por mencionar sólo algunos de los motivos que propiciaron actos violentos entre sus padres.

¡Ah! Que les diré, aunque quiero mucho a mi papá, cuando éramos chicas tomaba mucho, era bien mujeriego, muchos de los pleitos con mi mamá eran porque se enteraba de que andaba con otra mujer, y le pegaba cuando llegaba con sus “copetines”. Nos daba mucho miedo a mis hermanas y a mí, aunque nunca nos tocó a nosotras; desquitaba su coraje sólo con mi mamá. Ahora es otro hombre: ya no toma ni le pega, cambió mucho. Él dice que es para ponerle el ejemplo a sus yernos; como fuimos puras mujeres, no quiere que nos traten mal (Iris, 30 años de edad).

Otro recuerdo recurrente entre las entrevistadas es el abandono por parte de alguno de los progenitores o de ambos. Ciertamente, se observa “normal” el abandono del padre, quizás por su frecuencia, no así el abandono de la madre, mismo que resulta inexplicable y doloroso, en tanto confronta a las personas con esa figura idealizada, promovida por el imaginario cultural de una madre abnegada, que anula su ser como mujer por el bienestar de sus hijos. Generalmente el abandono se debe al establecimiento de una nueva relación de pareja que, más que amorosa, responde a la lógica de sobrevivencia.<sup>9</sup> En otros relatos, los padres deciden “dejar”, “prestar” o “regalar” a sus hijos con sus familiares, con el fin de mejorar las condiciones de vida de éstos o ante la necesidad de trabajar y no tener quien les ayude a cuidarlos. Los sentimientos de abandono acompañarán y formarán parte de la personalidad del niño abandonado, generando incompreensión, impotencia, inseguridad, malestar e ira en su vida adulta.

Martha platica:

Soy la hija mayor, al poco tiempo de que nació mi papá murió. Después de unos años, mi mamá conoció a este señor y se juntaron. A mí me llevó a vivir a casa de mi abuelita. Yo crecí con el cariño de ella, sin embargo, nunca entendí por qué mi mamá había preferido a este señor que a mí, su propia hija (señora de 36 años, nacida en Oaxaca y madre de seis hijos).

<sup>9</sup> Encontramos que algunas mujeres establecen su vida con personas que apenas conocen, pero que les brindan cierta seguridad económica e inclusive se hacen cargo de sus hijos. En otras, para iniciar una vida familiar con su nueva pareja dejan a los hijos con los abuelos.

### Rigoberto cuenta:

Nosotros somos nueve hermanos, mis papás un día decidieron que yo debía vivir en casa de mi abuela, allá en Hidalgo. Yo era muy pequeño y no entendía por qué me llevaron para allá. Aunque había un tío que me quería mucho y me enseñó muchas cosas, mi abuela siempre me hizo sentir como el “recogido”; hacía mucha diferencia entre sus hijos y yo, sobre todo en la comida. Yo sentía refeo, me iba a la milpa a llorar, nunca entendí la decisión de mis papás, porque aunque vivíamos con mucha pobreza, lo prefería a las humillaciones de mis parientes. Eso me hizo ser un niño triste, sensible y muy vulnerable ante mis compañeros de la escuela, siempre se burlaban de mí y me golpeaban. Imagínese que en ese tiempo un pariente intentó abusar de mí, eso me duele mucho [...] si ellos no me hubieran abandonado, sería otro tipo de persona, mi mujer dice que soy muy inseguro, desconfiado y celoso, pero de qué otro modo puedo ser si crecí sin el cariño de mis padres (señor de 35 años y padre de cinco hijos).

En otros casos, la ausencia temporal de la madre por cuestiones de trabajo ocasionó que algún hermano o pariente cercano abusara física, emocional o sexualmente de ellas. Gina relata:

Cuando era niña mi hermano abusó de mí, yo no entendí que pasó, era todo tan confuso que por eso nunca se lo dije a nadie, tenía miedo y me daba mucha vergüenza, tenía 8 años. Después, cuando me fui con el papá de José, no sangré; ahí me di cuenta de que ya no era señorita.... (señora de 25 años, nacida en Valle de Chalco, madre de tres hijos, violada en tres ocasiones por diferentes personas en distintos momentos de su vida: su hermano, su cuñado y por unos ladrones que se metieron a su casa a robar).

### O Juana que comenta:

Como mi mamá fue madre soltera, tuvo tres parejas y en cada una de ellas tuvo un hijo. Yo soy la menor, nunca conocí a mi padre. Mi mamá tenía que trabajar para mantenernos, así es que la mayor parte del tiempo estaba sola. Mis dos hermanos mayores comenzaron a trabajar, el mayor siempre vio por nosotras, el segundo toma mucho desde joven, después comenzó a drogarse. Con él sí tuvimos muchos problemas, nos pegaba a mi mamá y a mí, y siempre me humillaba, me decía que era gorda y fea (señora de 28 años, madre soltera con dos hijos de distintos padres).

Las mujeres, que por ser las hijas mayores o por haber quedado huérfanas de madre o padre, o simplemente porque eran mujeres, en su niñez y adolescencia enfrentaron golpes y humillaciones por parte de padres o hermanos mayores, ante la intención de entablar una relación de amistad o de noviazgo, además de que las duras cargas de responsabilidad y trabajo infantil en el interior del hogar les impidieron seguir estudiando. Elena cuenta:

Mi mamá murió cuando tenía yo 8 años, mi papá y mi hermano mayor se hicieron cargo de nosotros. Yo vivía con mi abuela y me tuve que venir a casa de mi papá para hacerme cargo de mis hermanos, había que atenderlos, hacer la comida, los quehaceres, así que deje de ir a la escuela, sólo cursé hasta cuarto año de primaria. Una vez que andaba de novia con un muchacho allá de Veracruz, mi hermano me vio que estábamos abrazados, entonces le dijo a mi papá, éste salió enfurecido y me dio una santa paliza, yo no entendía qué había hecho de malo, yo les tenía mucho miedo a los dos, porque sí nos daban cada tunda que ni Dios Santo nos salvaba (señora de 32 años, madre de cuatro hijos, jefa de familia).

Liza:

En mi casa había muchas carencias económicas, así que cuando salí de sexto año no había condiciones para que yo pudiera seguir estudiando. Así comencé a trabajar en la casa, ayudándole a mi mamá, pero pensé: “tengo que irme de aquí si quiero seguir estudiando”, porque yo quería ser maestra, así es que me vine para acá, a trabajar “en casa” y así estudié la secundaria con secretariado, después me casé y nunca trabajé como secretaria (señora de 37 años, proveniente de Hidalgo, madre de tres hijas).

Otra de las vivencias que se recuerdan con tristeza es la carencia de expresiones de cariño o mimos, la falta de comunicación, información y orientación por parte de sus padres, o la preferencia por algún hijo, en particular por los varones. La mayoría de las entrevistadas plantean que tienen dificultades para expresar afecto a sus hijos, a pesar de lamentarse de las formas en que se relacionaron con sus padres, a quienes refieren como fríos, secos, enojados o agobiados por el trabajo y por las condiciones de vida tan precarias en las que vivían.

Elsa nos platica:

Mi madre siempre fue muy fría, muy seca con nosotros, creo que con mi papá también, nunca nos dio un abrazo o un beso, quizás porque tenía la responsabilidad de ocho hijos, siempre abrumada por el trabajo de la casa, además de que mi papá era muy irresponsable, tomaba mucho, se iba a la milpa, así que a ella le tocaba cuidarnos, atender la casa y [a] los animales (señora de 36 años, proveniente de Jalisco, madre de cinco hijos).

Ana nos dice:

Mis papás eran muy secos, jamás nos expresaron su cariño. Mi papá era un hombre muy violento, todos le teníamos mucho miedo, no sabíamos cómo iba a responder; mi mamá nunca decía nada, era como si no existiera, vivía aterrorizada. Imagínense, yo era la consentida de mi papá, un día que estaba de buenas, llegó del rastro, porque él era carnicero, con un trozo grande de carne cruda, me levantó entre sus brazos y me sentó en una barra que teníamos en la cocina, y me puso en las piernas aquel trozo de carne; sentí pavor, sin embargo, él me estaba mostrando su afecto y la preferencia que tenía por mí; mis hermanos me odiaron por ese gesto de mi padre (señora de 39 años, procedente del Distrito Federal, madre de cuatro hijos).



Como se observa, la violencia padecida en las familias de origen nos remite a las asimetrías de poder generadas por las formas tradicionales de entender y hacerse hombres o mujeres. La condición subordinada de estas últimas las hace más proclives a ser violentadas por cualquier miembro masculino de la familia o la propia madre, así como la socialización en mundos opuestos, pero bien definidos, donde la violencia se reconoce, se legitima y se “naturaliza”.

Ahora veamos cómo se constituyen las relaciones entre las parejas y el grado de violencia en estos catorce casos.

*La violencia entre la pareja es como el mar que erosiona las rocas,  
no la percibes porque es constante*

De las 14 parejas entrevistadas, por lo menos en 13 encontramos distintas formas e intensidades de violencia en su relación.<sup>10</sup> La violencia mayor es la instituida por los hombres hacia las mujeres, sobre todo por actitudes y comportamientos asociados a derechos y privilegios masculinos, reproducidos por los estereotipos tradicionales que sitúan en una posición subordinada a las mujeres ante el “jefe” de familia. Encontramos enojos, exigencias, insultos, amenazas, celos y prohibiciones cotidianas en el interior de su hogar, en relación con el comportamiento y obligación de su mujer e hijos. De ahí que las actitudes autoritarias más recurrentes sean las imposiciones y exigencias sobre el cuidado de los hijos, los quehaceres domésticos, las relaciones sexuales, la prohibición de salir de la casa, de trabajar y/o estudiar (ver cuadro 1).

Otros abusos relacionados con *ser hombres* y que se justifican en este sentido son: la infidelidad, no dar cuentas de sus actos, limitar el ingreso o gastos personales de las mujeres, disponer del tiempo de los demás, dar permiso para visitar a los parientes e inclusive, en un caso, el abuso sexual a menores es visto como algo normal o natural. Al respecto, nos comenta Elsa sobre un tío que abusó de ella y de sus primas en su infancia, e intentó abusar de sus hijas en fechas recientes, “es que así es el tío, a todas nos ha hecho lo mismo”.

También en un grupo doméstico intervinimos en el conflicto suscitado entre la madre y la hija de 16 años de edad, misma que era abusada sexualmente por su padre desde tiempo atrás; la madre, aún con estudios profesionales de licenciatura en Derecho, avalaba esta situación y había establecido una rivalidad silenciosa hacia la hija. Además, había el antecedente de que esta joven, siendo una niña de

<sup>10</sup> El instrumento utilizado valoró 25 modalidades de violencia emocional, 9 agresiones físicas y 5 de índole sexual; posteriormente se estableció un índice que contempla cuatro categorías: extrema violencia, violentas, menos violentas y sin violencia.

Cuadro 1  
*Percepción de la violencia ejercida por los hombres  
 en contra de su pareja*

Tipo de violencia por casos	Emocional (25)	Física (9)	Sexual (5)	Total (39) *
Extrema violencia				
Gina	23	8	2	33
Elena	22	8	1	31
Violenta				
1. Ana	15	2	3	20
2. Ma. Eva	7	5	2	14
3. Yesica	12	1	-	13
4. Marisol	7	5	-	12
5. Emilia	7	5	1	13
6. Martha	11	1	-	12
Menos violenta				
Elsa	10	-	-	10
Juana	9	2	-	11
Lilia	3	1	-	4
Liza	2	3	2	7
No violenta				
Pilar	-	-	-	-
Iris	-	-	-	-

\*Consideramos a las parejas con *violencia extrema entre los 39 y 27 ítems*, violenta *entre 26 y 12 ítems*, menos violenta *entre 11 y 1 ítems* y no violenta con *ningún tipo de violencia*.

tres años, fue abusada sexualmente por parte de un tío. La joven le reclamaba a su madre el no defenderla ni frenar esa situación, por lo que planteaba irse de la casa para vivir con una tía en Veracruz.

Ahora bien, haciendo una revisión de la violencia ejercida por las mujeres hacia sus esposos, generalmente es de tipo emocional y verbal. Las agresiones físicas o de índole sexual se presentan en las parejas catalogadas de extrema violencia y violentas. En las parejas con violencia extrema, ésta es cotidiana, en cualquier momento puede presentarse algún tipo de abuso por cualquiera de las partes; en otros casos donde es menor su frecuencia, la violencia resulta de manera reactiva, es decir, como respuesta ante algún tipo de maltrato por parte del cónyuge (cuadro 2).

Otro aspecto importante que encontramos entre las familias estudiadas es que las mujeres que se ajustan más al estereotipo tradicional de *ser mujer*, y que las sitúa en una condición subordinada dentro del hogar, son las que aceptan con

Cuadro 2.  
*Percepción de la violencia ejercida por las mujeres  
 en contra de su pareja*

Tipo de violencia por casos	Emocional (13)	Física (9)	Sexual (5)	Total (27)*
Violenta				
Gina	5	7	-	12
Ma. Eva	5	6	-	11
Menos violenta				
Elena	1	7	-	8
Ana	4	2	2	8
Marisol	5	3	-	8
Emilia	3	5	-	8
Yesica	7	-	-	7
Elsa	1	-	-	1
Juana	1	1	-	2
Liza	1	-	-	1
Martha	2	-	-	2
No violenta				
Lilia	-	-	-	-
Pilar	-	-	-	-
Iris	-	-	-	-

\* Consideramos la *extrema violencia entre 27 y 18 ítems*, violenta *entre 17 y 10 ítems*, menos violenta *entre 9 y 1 ítems*, y no violentas *sin ninguna modalidad de violencia reportada*.

obediencia y resignación las pautas de relación violenta y la consideran “normal” en la relación conyugal. Otras mujeres que no se apegan del todo a este estereotipo y que tuvieron alguna experiencia laboral de solteras y continúan buscando medios para obtener recursos económicos para satisfacer sus necesidades, muestran resistencia a la tradición, mejorando su condición en el interior de su hogar, sin transformar en lo sustantivo la relación con sus esposos, sin embargo, observan muchas de las actitudes de los hombres como autoritarias e injustas, ya que controlan y atentan contra su autonomía, necesidades y capacidades personales.

Las agresiones físicas se presentan en algún momento de su convivencia, como lo confirman doce de los casos estudiados. Por lo general, se dan al inicio de la vida conyugal; posteriormente, esta situación puede cambiar, ya que en algunas parejas deja de ser una constante en la relación, presentándose de manera esporádica. Cuando las mujeres respondieron a los abusos físicos, este tipo de violencia tendió a desaparecer de sus vidas. En ese sentido, algunas de las entre-

vistadas nos plantean que los abusos físicos disminuyeron precisamente cuando ellas respondieron a las agresiones.

Ma. Eva comenta:

Antes, cuando se enojaba, me pegaba y me decía hasta de lo que me iba a morir, pero un día sí me dio mucho coraje, porque él andaba con otra mujer y cada rato me amenazaba que se iba [a] ir con ella. No sé qué sucedió, que llega un día y que intenta pegarme, entonces le dije: “anda, pégame y a ver a cómo nos toca”, y que me aviento a los trancazos. Desde ese día no me dejo, y él la piensa para tocarme, porque cada vez que ha intentado golpearme, me defiendo, y no se crea, ya la piensa más (señora de 34 años, madre de dos hijas).

En dos casos donde la violencia es extrema y cotidiana, se entremezclan distintas formas de violencia: físicas, emocionales, verbales, sexuales, económicas y omisiones. Si bien están concientes de la violencia padecida, la asumen con resignación (“que le voy hacer si así es él”) o como destino manifiesto (“es mi cruz”), debido a que son las mujeres con menores posibilidades de enfrentar la vida, ante su inexperiencia laboral, baja escolaridad, hijos pequeños, dependencia emocional y/o económica. También, encontramos que en estas parejas no se establece de manera clara la fase de “luna de miel” que varios autores han reportado dentro del ciclo de violencia (Ferreira 1995), toda vez que la violencia es una constante en la relación familiar.

En otros seis casos, consideran que la violencia constituye un problema en la relación, aunque se presenta con menor intensidad, siendo más usual el maltrato emocional que el físico o sexual. En otros cuatro casos, aunque experimentan diferentes abusos, no los contemplan como un problema. Sólo en dos casos no se encontraron pautas de relación violenta, ya que establecen buena comunicación y dirimen sus diferencias y conflictos por medio del diálogo y la negociación.

En el ámbito sexual se reporta el menor número de agresiones, y van desde amenazas del esposo de irse con otra mujer si no acceden a tener relaciones, hasta forzarlas sexualmente. Algunas mujeres mencionan que sus esposos las acusan de ser frías o “calientes”, se burlan de sus cuerpos, hacen caso omiso a sus requerimientos sexuales, entre otros, abusos que se perciben como violencia de tipo verbal más que sexual.

Elena platica:

Jesús, cuando llegaba tomado, era muy violento, comenzaba por insultarme, que si era una cualquiera, que andaba con no se quién después me forzaba a tener relaciones sexuales, yo no quería porque me sentía lastimada ante sus reclamos y groserías, pero él me tiraba del cabello, me golpeaba con los puños cerrados o a patadas, yo sentía miedo y mucho coraje. Después, ya que me sometía, seguía diciéndome que yo no era mujer, que era fría, que se iba a buscar

otra mujer porque conmigo no sentía nada. Esa situación se repitió cada vez que llegaba tomado, ustedes creen que uno puede querer a una persona que la trata a uno así? Pos no. Al principio de la relación le tenía mucho miedo, después de que nacieron mis hijas como que llegue a querer algo, pero después de tanto maltrato, abandono y tanto golpe, pues no se puede querer alguien así (señora de 33 años, jefa de familia, madre de cuatro hijos y tiene un nieto).

O en el caso de Ana, que nos cuenta:

A veces le exijo a mi esposo tener relaciones sexuales de manera muy violenta, porque como nos hemos distanciado y ya no nos llevamos como antes, él ya no quiere tener nada conmigo (señora de 40 años, madre de cuatro hijos).

Si bien la percepción ante las diversas formas de violencia vivenciada entre las entrevistadas varía, la mayoría reconoce que resulta lesiva para su salud y la de sus hijos, especialmente en la parte emocional. Algunas mujeres aguantan esta situación y permanecen calladas por muchos años, reconocen la rabia y la ira que les suscitan ciertos actos por parte de sus compañeros, que en ocasiones, reconocen, desquitan con sus hijos. A otras, por la impotencia aprendida y porque no saben cómo enfrentar esta situación, les invaden sentimientos de tristeza y desolación, alterando sus estados de ánimo.

No es de extrañar que los padecimientos que manifiestan sean de origen emocional y tensional, mismos que asocian a los problemas que enfrentan con sus parejas, aunados a su situación económica, ya que vislumbran un futuro incierto para sus hijos. De ahí que en algunas de ellas se presenten de manera frecuente irregularidades y retrasos en sus periodos menstruales, dificultades para conciliar el sueño o pesadillas, miedo y/o angustia ante lo adverso de su cotidianidad, tristeza e insatisfacción ante la vida que llevan y coraje por lo injusto de su existencia.

En este sentido, existen investigaciones que corroboran estos síntomas en torno a las repercusiones sobre la salud física y emocional de las mujeres victimadas, donde reportan que la experiencia traumática produce gran variedad de respuestas cognitivas, conductuales, emocionales, psicológicas e interpersonales en éstas. Dutton y Golant (1997) plantean algunos síntomas de intrusión, ansiedad, trastornos del sueño, dificultad para concentrarse, hipervigilancia, rabia, depresión, baja autoestima, falta de asertividad, conductas adictivas y trastornos en la alimentación. En el ámbito cognitivo se presentan negación, sentimientos de culpa, problemas relacionales, unión traumática y dificultades para establecer nuevas relaciones.

González (2004) apunta algunas repercusiones físicas de la violencia, sobre todo de índole ginecológico, tales como problemas en el periodo de gestación,

menstruales, infecciones de transmisión sexual en vías urinarias. En ese sentido, cobra relevancia lo propuesto por Sayavedra y Flores (1997), que ser mujer es un riesgo para la salud, toda vez que se asocia a su condición genérica donde la construcción de la subjetividad femenina está en función de “ser para otros” y donde los roles, estereotipos y formas de relación intergenérica reproducen esta subordinación, alentando múltiples formas de violencia contra las mujeres como formas culturales y de relación aceptadas socialmente.

*“Porque lo merezco o porque estaba de malas”*

En lo que respecta a las relaciones de padres e hijos se encontraron diferentes pautas de socialización, donde la violencia sigue estando presente de la misma forma en que la padecieron los padres y con formas reeditadas, ante las transformaciones socioculturales que impactan la vida de estas familias. Los regaños, castigos, golpes, comparaciones, descalificaciones, preferencias por algún hijo, decirles que los van a dejar de querer, son algunas de estas formas cotidianas con las que se relacionan, además de las indiferencias, humillaciones, descuidos, abusos de poder, que se dan de manera frecuente en un ambiente donde el imperativo es la sobrevivencia.

Independientemente del grado de violencia establecida entre la pareja, en todas las familias, con más o menos elementos para evitarla y construir otros tipos de relación parental, estas formas se repiten. Los regaños son la forma más usual para llamar la atención o corregir las malas acciones de sus hijos, algunas veces entre insultos y humillaciones, otras en tono alto se reprochan los errores, los actos de desobediencia, las bajas calificaciones o travesuras cometidas.

Le siguen los castigos, mismos que consisten en no dejarlos salir a la calle, ver la televisión o sus programas favoritos y no darles dinero para comprar golosinas en la escuela. Otras madres plantean que no les gusta golpear a sus hijos, pero como nunca cumplen con los castigos que les imponen prefieren tomar medidas en el acto, como pegarles, regañarlos o dejarles de hablar por un rato.

Aunque las agresiones físicas se utilizan como medida disciplinaria, en ninguna de las familias se encontró a niños con rastros tangibles de malos tratos, no obstante que llevan inscritas en su desarrollo tales vivencias o carencias. Los casos en los que llegan a golpearlos, es cuando se cansan de pedirles que guarden silencio, que se estén en paz, que realicen sus tareas escolares o que les ayuden con algún quehacer en el hogar; también reconocieron que en ocasiones los regañan o golpean sin motivo o razón, hecho que responde más a su estado de ánimo o emocional.

Cuando les preguntamos a los niños por qué los golpean, tienen bien identificadas las causas, si han actuado mal dicen: “porque me lo merezco”, pero si su mamá los golpeó o regañó sin razón, plantean: “es que mi mamá me pegó porque estaba de malas”, introyectando el uso de la violencia como una vía efectiva para controlar situaciones o resolver conflictos.

Las madres que utilizan más formas de violencia con sus hijos, según las prácticas evaluadas, fueron tres, dos de ellas son mujeres que asumen patrones muy tradicionales y su condición en el interior del grupo es de subordinación total; la tercera es una jefa de familia que se muestra abrumada por su condición económica y que los fines de semana le corresponde asumir el cuidado de sus hijos y los quehaceres domésticos. En otras siete familias se presentan menor número de pautas de violencia en la socialización de sus hijos. Y en otros cuatro casos se utiliza menor gama de prácticas violentas, situación que coincide con las madres con mayor edad y escolaridad, mejores condiciones de vida y que, además, desarrollan algunas acciones positivas en relación con sus hijos (cuadros 3 y 4).

De lo anterior podemos decir que algunas mujeres que experimentan una vida de pareja con pautas de extrema violencia y violencia, al relacionarse con sus hijos son menos agresivas y llegan a desarrollar acciones positivas como son los casos de Elena, Ana, Marisol, Lilia y Elsa, que coadyuvan a subsanar en parte este tipo de relación carenciada. Otras, aunque mantienen buena comunicación con sus cónyuges, desarrollan prácticas de crianza e interacción con una gama de abusos, resultado de la concepción que tienen sobre las maneras de educar y socializar a los niños.

De ahí que resulte una constante de relación entre padres e hijos, matizadas de una u otra manera por una serie de condicionantes económicos, sociales, culturales, ideológicos y familiares, que forman parte de los abusos que se cometen contra los niños, y que día a día merman su potencialidad como individuos, formando parte de su cotidianidad y de su reproducción en contextos donde la adversidad delinea maneras de crecer y desarrollarse, bajo el imperativo de la sobrevivencia y que apela a los recursos personales que uno adquiera a pesar de estas condiciones de existencia.

#### Y LA HISTORIA SE REPITE, EL CICLO INTERGENERACIONAL DE LA VIOLENCIA

Hemos querido mostrar de manera resumida cómo transcurren los días y los años en las vidas de mujeres, hombres y niños de los grupos estudiados y ejemplificar el traslado intergeneracional de pautas de poder y de relación que subordinan,

Cuadro 3.  
*Clasificación de los grupos domésticos por rango de abusos infantiles*

Grupos domésticos	Entre 10-7 ítems de maltrato infantil	Grupos domésticos	Entre 6-4 ítems de maltrato infantil	Grupos domésticos	Entre 3-1 ítems de maltrato infantil
		Yesica	6		
		Martha	6	Ana	3
Gina	8	Lilia	5	Ma. Eva	3
Juana	7	Elsa	4	Pilar	3
Lilia	7	Elena	4	Marisol	2
		Emilia	4		
		Iris	4		

Cuadro 4.  
*Acciones positivas en torno a sus hijos*

Casos	Expresa palabras cariño	Toman en cuenta sentimientos	Realza sus cualidades	Presta atención a sus hijos	Platica con ellos	Gratifica sus acciones
Gina	No	Sí	No	Sí	No	Sí
Elena	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Ana	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Yesica	No	Sí	No	Sí	No	Sí
Marisol	No	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Emilia	Sí	No	No	Sí	No	Sí
Martha	No	No	No	Sí	No	Sí
Ma. Eva	No	No	No	Sí	No	Sí
Elsa	Sí	Sí	Sí	Sí	No	Sí
Juana	Sí	Sí	Sí	Sí	No	No
Lilia	Sí	Sí	Sí	Sí	No	Sí
Liza	Sí	No	Sí	Sí	Sí	No
Pilar	Sí	Sí	Sí	Sí	No	No
Iris	No	Sí	Sí	Sí	No	No



controlan, dominan, discriminan, anulan y heredan malestares de generación en generación, de padres a hijos, de hombres a mujeres. Esto conlleva una cadena de sufrimientos que, en distintos momentos del acontecer cotidiano, los hace experimentar la condición de víctimas o de victimarios, situación a la que se suman múltiples tipos de violencia resultado de las carencias económicas, sociales, emocionales y/o afectivas.

Por lo anterior, consideramos que en Valle de Chalco la violencia y la cultura se entremezclan, se reproducen y se naturalizan hasta hacerse imperceptibles, legitimizándose en la sociedad como formas históricamente establecidas de ser y hacerse hombre o mujer, ser padres o ser esposos. En ese sentido, la violencia, por lo general, ha estado presente a lo largo de su vida; en algunas familias se presenta de manera extrema y cotidiana, en otras, ocasionalmente. Algunos la consideran un problema sustantivo en la relación familiar, en otras no se observa como tal y se sobrelleva como parte de la vida.

Se manifestó de manera generalizada el daño que ocasiona a la salud, ya que se desencadenan muchos sentimientos, como tristeza, miedo, angustia, desconcierto, ira y malestar en general, además de los golpes físicos o quebrantamientos de su identidad ante un abuso sexual. El sufrimiento vivenciado en cada episodio violento se inscribe en el cuerpo y en la psique de las personas y queda ahí, por toda la vida, mermando la autoestima y el repertorio de respuestas ante la violencia, amén de otras repercusiones que dependen del daño y del momento en que ésta se experimenta.

Y uno se pregunta: ¿cómo generar una sociedad y una cultura con menos violencia, relaciones familiares con otros códigos de relación social, que contemplen el amor y el respeto entre los miembros de la familia? En el historial de estas familias, las carencias económicas, sociales, emocionales y la violencia configuran el ambiente familiar donde niños, jóvenes, adultos y ancianos sobreviven a pesar del medio y libran una batalla diaria ante las adversidades e incapacidades personales, resultado de estas formas de relación, amén de la indiferencia estatal que los anula y/o excluye del bienestar social y los desacredita como seres humanos con derechos, potencialidades y anhelos.

¿Cómo construir una cultura de la no violencia en un mundo donde los privilegios de clase y género, racismo, discriminación, exclusión económica y social, entre muchos otros, disciplinan en la violencia, intolerancia y supresión de las diferencias? ¿Cómo crear una pedagogía de la no violencia? Observamos que el mundo está regido por relaciones asimétricas de poder, donde las personas viven de acuerdo con su condición social, familiar, genérica y etárea, cuando

las diferencias se convierten en desigualdades y el respeto por el otro en intolerancia, cuando el valor de la vida humana se relativiza en estos tiempos violentos.

## REFERENCIAS

BADURY, JORGE

- 1998 *El dolor invisible de la infancia. Una lectura ecosistémica del maltrato infantil*, Paidós, Barcelona.

BAR DIN, ANNE

- 1991 *La madre deprimida y el niño*, Siglo XXI, México.

BELSKY, JAY

- 1980 Children maltreatment: An ecological integration, *American Psychologist* 35: 320-335.

BRONFENBRENNER, URIE

- 1987 *La ecología del desarrollo humano. Experimentos en entornos naturales y diseñados*, Paidós, Barcelona.

BOURDIEU, PIERRE

- 2000 *La dominación masculina*, Argumentos, Anagrama, Barcelona.

CORSI, JORGE

- 1994 *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, Paidós, Buenos Aires.
- 1999 *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*, Paidós, Buenos Aires.

CORSI, JORGE Y GRACIELA PEYRÚ

- 2003 *Violencias sociales, Estudios sobre violencia*, Ariel, Barcelona.

DUTTON, DONALD Y SUSAN GOLANT

- 1997 *El golpeador. Un perfil psicológico*, Paidós, Buenos Aires.

FERREIRA, GRACIELA

- 1995 *Hombres violentos, mujeres maltratadas. Aportes a la investigación y tratamiento de un problema social*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

GONZÁLEZ DE LA ROCHA, MERCEDES

- 1986 *Los recursos de la pobreza: familia de bajos ingresos en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente, Secretaría de Programación y Presupuesto, México.

GONZÁLEZ, SOLEDAD

- 2004 La violencia conyugal y la salud de las mujeres desde la perspectiva de la medicina tradicional. Marta Torres (comp.), *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales*, El Colegio de México, México: 153-194.

HIERNAUX, DANIEL

- 1997 *Nueva periferia, vieja periferia. El valle de Chalco, ciudad de México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.

HIERNAUX, DANIEL, ALICIA LINDÓN Y JAIME NOYOLA

- 2000 *La construcción social de un territorio emergente. El valle de Chalco*, El Colegio Mexiquense, H. Ayuntamiento del Valle de Chalco Solidaridad, Toluca.

HERRERA, MARTHA Y PATRICIA MOLINAR

- 2007 *En el silencio de su soledad. La reproducción de la violencia intrafamiliar en Valle de Chalco Solidaridad*, Casa Juan Pablos, Universidad Autónoma de Sinaloa, México.

KAUFMAN, MICHEL

- 1989 *Hombres, placer, poder y cambio*, Centro de Investigación para la Acción Femenina, Santo Domingo.

LAMAS, MARTA Y FRIDA SAAL

- 2003 *La bella (in)diferencia*, Siglo XXI, México.

LE VINE, ROBERT A.

- 1995 Parental goals: A cross-cultural view. H. Leichter (ed.), *The families educator*, Teachers College Record, Nueva York: 58-75.

LINDÓN, ALICIA

- 1999 *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, El Colegio de México, El Colegio Mexiquense, México.

MOLINAR, PATRICIA Y MARTHA HERRERA

- 2009 *Creciendo en la adversidad*, Casa Juan Pablos, Universidad Autónoma de Sinaloa, México.

NAVARRO, JOSÉ Y JOSÉ PERREIRA

2000 *Parejas en situaciones especiales*, Terapia Familiar, Paidós, Barcelona.

OLIVEIRA, ORLANDINA, MARIELLE PEPIN Y VANIA SALLES

1989 *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México, Miguel Ángel Porrúa, México.

ROBASCO, INÉS

2000 *El desnutrido escolar. Dificultades de aprendizaje en los niños de contextos de pobreza urbana*, Homo Sapiens, Buenos Aires.

SAYAVEDRA, GLORIA Y EUGENIA FLORES

1997 *Ser mujer. ¿Un riesgo para la salud? Del malestar y enfermar, al poderío y la salud*, Red de Mujeres, México.

SERVICIO DE ADMINISTRACIÓN TRIBUTARIA (SAT)

2010 [en línea] Cuadro histórico de los salarios mínimos (1982-2010), *Servicio de Administración Tributaria*, <[http://www.sat.gob.mx/sitio\\_internet/asistencia\\_contribuyente/informacion\\_frecuente/salarios\\_minimos/45\\_7369.html](http://www.sat.gob.mx/sitio_internet/asistencia_contribuyente/informacion_frecuente/salarios_minimos/45_7369.html)>.

